

totalidad de nuestras fuerzas hubiese tenido un solo y exclusivo director ó general en jefe; pero la junta, fuese por temor á una dictadura que pudiera en último resultado convertirse en perjuicio de su autoridad, fuese por no ser fácil la eleccion para aquel cargo entre los gefes que lo ambicionaban, fuese, en fin, por ambos motivos, es lo cierto que no hubo cabeza que presidiese á todas las demas donde urgía mas que la hubiese. Nuestros gefes obraron sin concierto, yendo esta otra de las causas de nuestra inferioridad respecto al enemigo, cuyas tropas, reforzadas con otras de refresco, estaban divididas en cuatro cuerpos, mandando el de la izquierda Moncey, el de la derecha Bessieres, el del centro el mariscal Ney, y el de la reserva José con el mariscal Jourdan, mayor general, á cuyas disposiciones estaban todos sujetos.

El dia 5 de setiembre se habia celebrado en Madrid un Consejo de guerra en

si bien consiguió abocarse con el marques de la Romana, nada pudo entre ellos concluirse ni determinarse definitivamente. Mientras tanto llegaron á Londres D. Juan Ruiz de Apodaca y D. Adrian Jácome, y como era urgente sacar, por decirlo así, de cautiverio á los soldados españoles de Dinamarca, concertáronse todos los diputados y resolvieron que los de Andalucía enviasen al Báltico á su secretario el oficial de Marina D. Rafael Lobo, sugeto capaz y celoso. Proporcionó buque el gobierno ingles, y haciéndose á la vela en julio arribó Lobo el 4 de agosto al gran Belt, en donde con el mismo objeto se habia apostado á las órdenes de Sir R. Keats parte de la escuadra inglesa que cruzaba en los mares del Norte.

D. Rafael Lobo ancló delante de las islas dinamarquesas, á tiempo que en aquellas costas se habia despertado el cuidado de los franceses por la presencia y proximidad de dicha escuadra. Deseoso de avisar su venida, empleó Lobo inútilmente varios medios de comunicar con tierra. Empezaba ya á desesperanzar, cuando el brioso arrojó del oficial de voluntarios de Cataluña, D. Juan Antonio Fábregues, puso término á la angustia. Habia este ido con pliegos desde Langeland á Copenhague. A su vuelta, con propósito de escaparse, en vez de regresar por el mismo parage, buscó otro apartado, en donde se embarcó mediante un ajuste con dos pescadores. En la travesía, columbrando tres navios ingleses fondeados á cuatro leguas de la costa, arrebatado de noble inspiracion, tiró del sable, y ordenó á los pescadores, únicos que gobernaban la nave, hacer rumbo á la escuadra inglesa. Un soldado español que iba en su compañía, ignorando su intento, arrojóse y dejó caer el fusil de las manos. Con presteza cogió el arma uno de los marineros, y mal lo hubiera pasado Fábregues, si pronto y resuelto este, dando al danés un sablazo en la muñeca, no le hubiese desarmado. Forzados, pues, se vieron los dos pescadores á obedecer al intrépido español. Déjase discurrir de cuanto gozo se embargarían los sentidos de Fábregues al encontrarse á bordo con Lobo, como tambien cuánta seria la satisfaccion del último cerciorándose de que la suerte le proporcionaba seguro conducto de tratar y corresponder con los gefes españoles.

No desperdiciaron ni uno ni otro el tiempo que entonces era á todos precioso. Fábregues, á pesar del riesgo, se encargó de llevar la correspondencia, y de noche y á hurtadillas le echó en la costa de Langeland un bote ingles. Avistóse á su arribo y sin tardanza con el comandante español, que tambien lo era de su cuerpo, D. Ambrosio de la Cuadra, confiado en su militar honradez. No se engañó, porque asistiendo este á tan digna determinacion, prontamente y disfrazado despachó al mismo Fábregues para que diese cuenta de lo que pasaba al marques de la Romana. Trasladóse á Fionia, en donde estaba el cuartel general, y desempeñó en breve y con gran celo su encargo.

Causaron allí las nuevas que traía profunda impresion. Critica era en verdad y apurada la posicion de su gefe. Como buen patricio, anhelaba seguir el pendon nacional, mas como caudillo de un ejército, pesábale la responsabilidad en que incurriria si su noble intento se desgraciaba. Perplejo se hubiera quizá mantenido, á no haberle estimulado con su opinion y consejos los demas oficiales. Decidióse en fin al embarco, y convino secretamente con los ingleses en el modo y forma de ejecutarle. Al principio se habia pensado en que se suspendiese, hasta que noticiosas del plan acordado por las tropas que habia en Zelandia y Jutlandia, se moviesen todas á un tiempo antes de despertar el recelo de los franceses. Mas informados estos de haber Fábregues comunicado con la escuadra inglesa, menester fué acelerar la operacion trazada.

Dieron principio á ella los que estaban en Langeland, enseñoreándose de la isla. Prosiguió Romana y se apoderó el 9 de agosto de la ciudad de Niborg, punto importante para embarcarse y repeler cualquier ataque que intentasen 3,000 soldados dinamarqueses existentes en Fionia. Los españoles acuartelados en Svendborg y Faaborg, al mediada de la misma isla, se embarcaron para Langeland, tambien el 9, y tomaron tierra desembarazadamente. Con mas obstáculos tropezó el regimiento de Zamora, acantonado en Fridericia: engañóle D. Juan de Kindeland, segundo de Romana, que allí mandaba. Aparentando desear lo mismo que sus soldados, dispúsose á partir y aun embarcó su equipage; pero en el entretanto no solo dió aviso de lo que ocurría al mariscal Bernardotte, sino que temiendo que se descubriese su perfidia, cautelosamente y por una puerta falsa se escapó de su casa. Amenazados por aquel desgraciado incidente, apresuráronse los de Zamora á pasar á Middlefahrt, y sin descanso caminaron desde allí por espacio de veinte y una horas, hasta incorporarse en Niborg con la fuerza principal, habiendo andado en tan breve tiempo mas de diez y ocho leguas de España. Huido Kindeland y advertidos los franceses, parecia imposible que se salvaran los otros regimientos que habia en Jutlandia: con todo, lo consiguieron dos de ellos. Fué el primero el de caballería del Rey. Ocupaba á Aarhus, y por el cuidado y celo de su anciano coronel, fletando barcas, salvóse y arribó á Niborg. Otro tanto sucedió con el del Infante, tambien de caballería, situado en Manders y por

casa del duque del Infantado, al cual asistieron los generales Castaños, Llamas, Cuesta y la Peña, el mencionado duque en representación de Blake, y otro comisionado á nombre de Palafox. Tratóse en él, aunque sin resultado, de el interesantísimo punto del nombramiento de un generalísimo, no menos que de el plan de campaña que convenia adoptar, siendo el acuerdo, despues de varias sesiones, aproximar nuestras fuerzas á las márgenes del Ebro, á cuyo fin debia Llamas situarse sobre Calahorra con sus soldados de Valencia y Murcia, mientras Castaños con los de Andalucía debia marchar á Soria, Cuesta con los de Castilla al Burgo de Osma, Blake con los de Galicia á Aranda de Duero, y Palafox con los suyos á Sangüesa y orillas del rio Aragon, recomendándose demas de eso á Galluzo, general de las tropas de Estremadura, viniese á cooperar á la embestida, reuniéndose

consiguiente mas lejos y al norte. No tuvo igual dicha el de Algarbe, único que allí quedaba. Retardó su marcha por indecision de su coronel, y aunque mas cerca de Fionia que los otros dos, fué sorprendido por las tropas francesas. En aquel encuentro el capitán Costa, que mandaba un escuadron, al verse vendido prefirió acabar con su vida tirándose un pistoletazo. Imposible fué á los regimientos de Asturias y Guadalajara acudir al punto de Corsoer que se les habia indicado como el mas vecino á Niborg desde la costa opuesta de Zelandia. Desarmados antes, segun hemos visto, y cuidadosamente observados, envolviéronlos las tropas danesas al ir á ejecutar su pensamiento. Asi que entre estos dos cuerpos, el de Algarbe de caballería, algunas partidas sueltas y varios oficiales ausentes por comision ó motivo particular, quedaron en el Norte 5,160 hombres; y 9038 fueron los que, unidos en Langeland y pasada reseña, se contaron prontos á dar la vela. Abandonáronse los caballos no habiendo ni transportes ni tiempo para embarcarlos. Muchos de los ginetes no tuvieron ánimo para matarlos, y siendo enteros y viéndose solos y sin freno se extendieron por la comarca y esparcieron el desórden y espanto.

D. Juan de Kindelan habia en el intermedio llegado al cuartel general de Bernardotte, y no contento con los avisos dados, descubrió al capitán de artillería D. José Guerrero, encargado por Romana de una comision importante en el Sleswic. Arrestáronle, y enfurecido con la alevosia de Kindelan apellidóle traidor delante de Bernardotte, quedando aquel avergonzado y mirándole despues al soslayo los mismos á quienes servia: merecido galardón á su villano proceder. Salvó la vida á Guerrero la hidalga generosidad del mariscal francés, quien le dejó escapar y aun en secreto le proporcionó dinero.

Mas al paso que tan dignamente se portaba con un oficial honrado y benemérito, forzoso le fué, obrando como general, poner en práctica cuantos medios estaban á su alcance para estorbar la evasión de los españoles. Ya no era dado ejecutarlo por la violencia. Acudió á proclamas y exhortaciones, esparciendo ademas sus agentes falsas nuevas, y procurando sembrar rencillas y desavenencias. Pero ¡cuán grandioso espectáculo no ofrecieron los soldados españoles en respuesta á aquellos escritos y manejos! Juntos en Langeland, clavadas sus banderas en medio de un circulo que formaron, y ante ellas incados de rodillas, juraron con lágrimas de ternura y despecho ser fieles á su amada patria y desear seductoras ofertas. No; la antigüedad con todo el realce que dan á sus acciones el transcurso del tiempo y la elocuente pluma de sus griegos escritores, no nos ha transmitido ningun suceso que á este se aventaje. Nobles é intrépidos sin duda fueron los griegos cuando unidos á la voz de Xenofonte para volver á su patria, dieron á las falaces promesas del rey de Persia aquella elevada y sencilla respuesta: «Hemos resuelto atravesar el pais pacíficamente si se nos deja retirarnos al suelo patrio, y pelear hasta morir si alguno nos lo impidiese.» Mas á los griegos no les quedaba otro partido que la esclavitud ó la muerte; á los españoles, permaneciendo sosegados y sujetos á Napoleon, con largueza se les hubieran dispensado premios y honores. Aventurándose á tornar á su patria, los unos llegados que fuesen, esperaban vivir tranquilos y honrados en sus hogares; los otros, si bien con nuevo lustre, iban á empeñarse en una guerra larga, dura y azarosa, esponiéndose, si caian prisioneros, á la tremenda venganza del emperador de los franceses.

Urgiendo volver á España, y siendo prudente alejarse de las costas dominadas por un poderoso enemigo, abreviaron la partida de Langeland, y el 13 se hicieron á la vela para Gotemburgo, en Suecia. En aquel puerto, entonces amigo, aguardaron transportes, y antes de mucho dirigieron el rumbo á las playas de su patria, en donde no tardaremos en verlos unidos á los ejércitos lidiadores.»

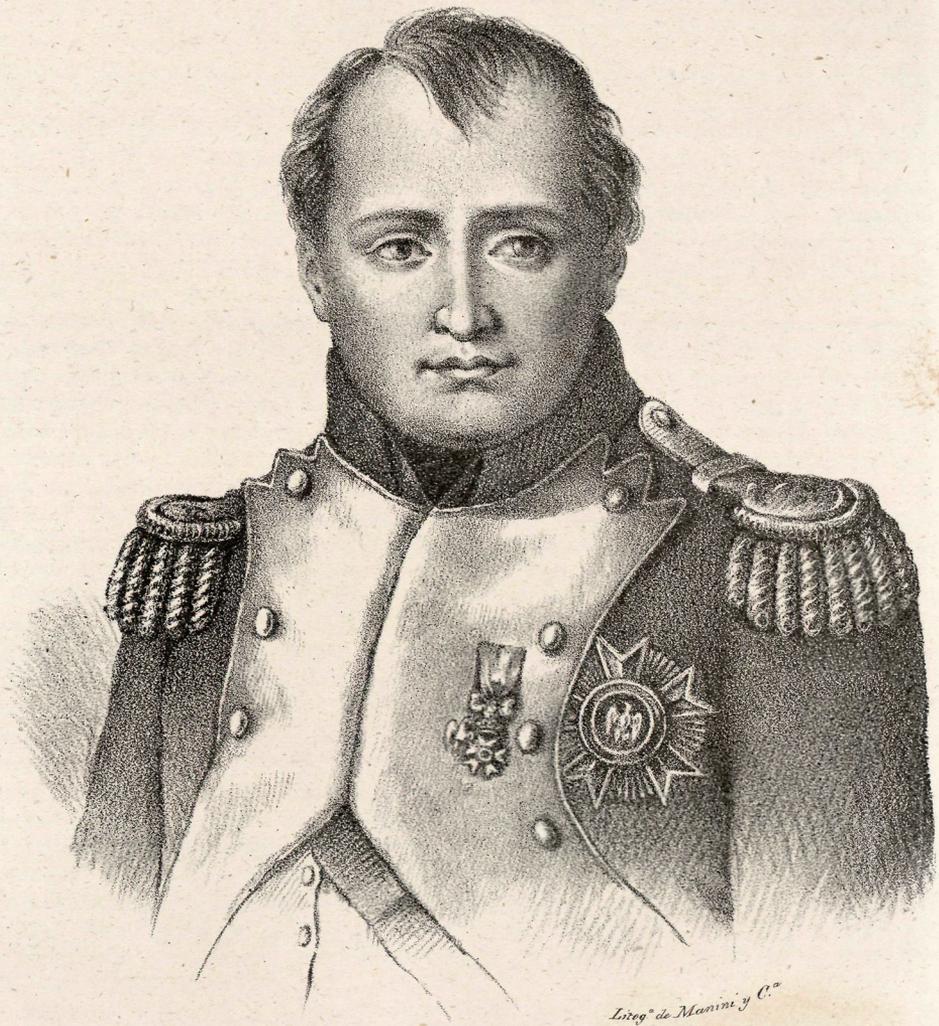
Hasta aquí nuestro digno historiador. La Romana salió para Londres, llamado por el gobierno británico, despues de ordenar que las tropas que se habian salvado de la dominación francesa dirigieran su rumbo á la Coruña. Poco despues se conceptuó mas útil que desembarcasen en Santander, como en efecto lo hicieron el día 9 de octubre, en número de 9,000 hombres. Las tropas arribadas á dicho punto fueron, segun Maldonado, los regimientos de Zamora y de la Princesa; dos batallones ligeros, primero de Cataluña y primero de Barcelona, y los de caballería del Rey, del infante y de dragones, de Almansa y Villaviciosa, todos desmontados; tres compañías de artillería con sus piezas y correspondientes pertrechos, pero sin caballos: la compañía de zapadores, la plana mayor con la intendencia y los oficiales. Los cuatro regimientos de caballería marcharon desde luego al interior de España con el objeto de remontarse: toda la infantería recibió en Santander armamento nuevo, y de los seis batallones de línea, dos de tropa ligera y la compañía de zapadores, se formó una division que se denominó del Norte, y que á las ordenes del brigadier conde de san Roman, coronel de la Princesa, marchó luego á reunirse al ejército de la izquierda, mandado por Blake, interin venia el marques de la Romana. Este general desembarcó en la Coruña el día 19 de octubre, acompañado de Sir Freyre, ministro de Inglaterra, y se dirigió á Madrid, desde donde marchó á tomar el mando de su ejército, como lo verificó cuando la retirada de este despues de la desgraciada batalla de Espinosa

con los demas ejércitos. Destituido despues Cuesta por la Junta Central, y mandado llamar á Aranjuez á consecuencia de la prision de Valdés y Quintanilla, diputados de la misma, detenidos arbitrariamente por el espresado general, quedó el ejército de Castilla á las órdenes de D. Francisco Eguía, sucediéndole luego definitivamente en el mando D. Juan Pignatelli. Estos sucesos y otros, unidos á la falta de recursos, retardaron la ejecucion de lo convenido, contribuyendo á ella tambien la dilatada permanencia de Castaños en Madrid, con la esperanza, segun se cree, de que la junta le nombrase general en jefe de todas nuestras tropas reunidas. Asi fué que hasta últimos de octubre no se hallaron los mas de nuestros generales en disposicion de ser útiles como hombres de accion cada cual en el punto convenido.

El general Blake, despues de organizar algun tanto su ejército en Manzanal y Astorga, y tras haber conseguido que el marques de Portago se apoderase dos veces de Bilbao, recibió el 11 de octubre en Quincoces el auxilio de las tropas de Asturias mandadas por D. Vicente Maria de Acevedo, sucesor del marques de Santa Cruz de Marcenado, y por sus segundos D. Cayetano Valdés y D. Gregorio Quirós. Unidos los soldados de ambas provincias componian un total de 31,000 hombres, entre ellos 400 caballos, y Blake se situó con la mitad entre Zornoza y Durango, mientras Bilbao seguia ocupada por el marques de Portago. El ejército de Castilla, compuesto de 8,000 hombres con escasa caballeria, tomó el camino de Logroño, mientras Llamas con los murcianos y valencianos, ascendientes á 4,500, tenia desde primeros de octubre su cuartel general en Tudela, siguiendo tras él con la segunda y cuarta division andaluzas, consistentes en 10,000 hombres, el general la Peña. Castaños por su parte salió de Madrid el 8 del mismo mes, emprendiendo su marcha á Tudela, desde cuyo punto se trasladó á Zaragoza, donde el 20 de octubre se convino con Palafox en dirigirse ambos contra Pamplona, fiados en la cooperacion de Blake, que segun hemos dicho estaba entre Zornoza y Durango. El dia señalado para embestir al enemigo era el 27 de octubre; pero algunos de nuestros gefes, cansados de tan larga dilacion, determinaron avanzar á él antes del momento convenido.

Con efecto, D. Juan de la Cruz se habia adelantado hasta Lerin por orden del general Grimarest, quien habiéndole prometido su auxilio y no habiendo cumplido su oferta, dió lugar á la reñida accion del 26 de octubre, cuyo resultado, despues de una gloriosa defensa, fué rendirse Cruz á los franceses siete veces mayores en número, los cuales, admirados del valor que habia desplegado, concediéronle salir de Lerin con todos los honores de la guerra, y que se canjeasen nuestros prisioneros con igual número de los del enemigo. A consecuencia de esto, repasó Grimarest el Ebro, evacuando á Lodosa, donde se habia situado. Los castellanos por su parte, pasando el Ebro tambien, se habian adelantado hasta Viana; pero Ney consiguió el 24 hacerles retroceder, situándose el dia siguiente frente á Logroño, aunque siempre en la orilla izquierda. El terror de Pignatelli, encargado de la defensa de esta ciudad, nos la hizo perder el 27 sin motivo justificado, antes que le atacase el enemigo, desamparando la artilleria durante su fuga á Cintruénigo, aunque fué recobrada despues por el conde de Cartaojal. Indignado Castaños con Pignatelli, le destituyó del mando, y reuniendo á su gente las tropas de Castilla, hizo algunas variaciones útiles en su ejército, dando á Cartaojal el mando de una vanguardia de 4,000 hombres, y reconcentrando el grueso de las demas fuerzas en Cintruénigo, Calahorra y sus cercanias, resuelto á no emprender cosa alguna mientras no llegasen los refuerzos que esperaba, segun el plan adoptado.

A pesar de estas primeras desgracias, la suerte con esta determinacion nos hubiera sido tal vez mas favorable, siguiendo los consejos de Castaños, y á estar José reducido á los solos recursos que tenia; pero Napoleon habia decidido vengar la humillacion de sus águilas durante la campaña anterior, y no era fácil en el destartamiento en que nos hallábamos resistir un empuje tan rudo como el que estábamos destinados á sufrir, llegados que fuesen los inmensos refuerzos que



NAPOLEON.



el emperador en persona habia resuelto traer á las huestes que mandaba su hermano.

Así fué en efecto. El emperador, que tan gozoso se habia trasladado á París en la confianza de que la batalla de Rioseco terminaba definitivamente la cuestion española, conoció que se habia equivocado respecto á la indole de la lucha que con nosotros tenia empeñada, y persuadido intimamente de que el único medio probable de darle fin consistia en aumentar sus huestes hasta donde alcanzase su poder, resolvió encaminar á España los ejércitos vencedores que en Prusia tenia, pidiendo demas de eso al Senado 80,000 hombres de la conscripcion de los años 1806, 7, 8 y 9, y el pronto envio de otros 80,000, correspondientes á la del 10, obteniéndolo fácilmente de aquella corporacion, mero instrumento y puro maniqui de todos sus caprichos. Al mismo tiempo deseó tener el apoyo moral y político del emperador de Rusia, celebrando con él la entrevista proyectada desde la paz de Tilsitt. La reunion de las dos magestades imperiales tuvo lugar en Erfurth el dia 27 de setiembre, continuando las conferencias algunos dias con grandes regocijos y fiestas. El ruso dió su aprobacion á cuanto el frances habia hecho relativamente á la España, reconociendo la destitucion de Fernando y la exaltacion de José. En medio de eso conocieron ambos que era necesario aparentar deseos de paz, y escribieron al rey de Inglaterra fingiendo desearla sinceramente. El ministerio ingles contestó que no podia proceder á abrir trato alguno, mientras no concurriesen á las conferencias representantes de España y Suecia. A esto respondió el ministro frances Champagny que no reconocia la autoridad de nuestra Junta Central, visto lo cual, repuso el ingles en 9 de diciembre que S. M. británica estaba decidido á seguir protejiendo la causa de la monarquía española. Esta última respuesta terminó las negociaciones, siendo ese cabalmente el resultado que Napoleon deseaba, cuadrando como cuadraba á su política fingir siempre deseos de paz para echar á otros la culpa si continuaba la guerra.

Para llevar adelante la de España, no habia aguardado la contestacion definitiva del gobierno ingles, puesto que el 29 de octubre salió de París, estando ya de vuelta de las conferencias de Erfurth, y el 3 de noviembre se hallaba en la ciudad de Bayona. El total de sus fuerzas, unidas las que trajo consigo á las que tenia José, ascendian á 250,000 hombres útiles, siendo mas de 50,000 los caballos. Varióse entonces la distribucion del ejército frances, dividiéndose este en ocho grandes cuerpos, el 1.º á las órdenes del mariscal Victor, duque de Bellune; el 2.º á las del mariscal Bessieres, duque de Istria; el 3.º á las del mariscal Mincey, duque de Conegliano; el 4.º á las del mariscal Lefebvre, duque de Danzick; el 5.º á las del mariscal Mortier, duque de Treviso; el 6.º á las del mariscal Ney, duque del Elchingen; el 7.º á las del general Saint-Cyr, y el 8.º á las de Junot, duque de Abrantes. Con tan numerosas falanges, con gefes tan acreditados y con ser el emperador en persona el que los llevaba al combate, parecia imposible que España pudiera resistir, por mas que hiciese, el yugo que tan cerca estuvo poco antes de considerarse casi roto.

Napoleon cruzó el Vidasoa el dia 8 de noviembre, llegando el mismo dia á Vitoria, donde José tenia su corte y cuartel general. La animacion de las tropas francesas viendo al emperador á su frente, fué proporcional á la fe que tenian en él depositada, conociéndose luego en todas partes la presencia y mágico influjo del genio que las dirigia.

El general Lefebvre, poco tranquilo viendo cerca de sí á Blake, que con 16,000 hombres continuaba en la posicion de Zornoza, no esperó la venida del emperador para resolverse á embestirle. En el campo español iban discordes los dictámenes de nuestros gefes, reunidos en consejo de guerra el dia 28 de octubre, opinando unos por la retirada y otros por tomar la ofensiva. Blake no se atrevió á adoptar el uno ni el otro dictámen, y resolvió esperar al enemigo en su posicion de Zornoza, verificándose el 31 la accion del mismo nombre, en la cual quedó vencedor el mariscal Lefebvre, merced á la superioridad de sus fuerzas, á

La falta de artillería que experimentaban los nuestros, y á no haber podido acudir en socorro de Blake las divisiones de Martinengo y Acevedo, imposibilitadas de unirsele por la naturaleza del terreno. Blake se retiró camino de Bilbao, donde se detuvo muy poco, uniéndosele despues la division de D. Francisco Riquelme, que habia combatido tambien al otro lado del rio; y ambos juntos continuaron su retirada á Balmaseda. A esta accion desgraciada, aunque no muy sangrienta, añadióse el mismo dia 31 la pérdida de Bilbao, que Lefebvre ocupó despues de una tenaz resistencia por parte de los españoles que habian quedado en su guarda. Entretanto Acevedo y Martinengo continuaban sin saber qué hacerse entre fragosas é intrasitables sierras; y habiendo, aunque confusamente, sabido la derrota de Blake en Zornoza, resolvieron retirarse de Villaró, donde habian quedado detenidos. Cerca ya de Menagaray encontraronse con una division de Victor, con la cual empezaron á tirotearse, imponiendo con su serenidad en tales términos á las tropas francesas, que creyeron estas habérselas con todo el ejército de Blake, y se retiraron á Orduña. Los nuestros con esto pudieron elegir posicion mas ventajosa en las asperezas de Orrantia. Blake entretanto continuó su movimiento hasta la Nava, despues de habérsele incorporado la mayor parte de las tropas que habian venido de Dinamarca, á cuyo oportuno socorro se añadió el que D. Gregorio Quirós le trajo con una division de Asturias. Blake entonces resolvió libertar á Martinengo y á Acevedo del aprieto en que se encontraban, dirigiéndose en consecuencia hácia Balmaseda D. Esteban Porlier el dia 4 de noviembre. Encontrándose allí con las fuerzas del general frances Villatte, cayó repentinamente sobre él, poniéndole en precipitada fuga. El enemigo quiso revolver sobre los nuestros; pero Acevedo, á quien Quirós se habia felizmente unido con las tropas que llevaba en su busca, acabó de completar la dispersion de Villatte, cayendo sobre su espalda y rechazándole hasta Güeñes con alguna pérdida.

Sabidos por Napoleon estos sucesos, manifestó altamente su desaprobacion, ofendido de que sus generales se empeñaran en acciones aisladas, ó creyendo tal vez inoportuno todo cuanto hiciesen sin él. Las operaciones, no obstante, estaban comenzadas ya, y á fin de evitar alguna desgracia si se suspendian, ordenó á Lefebvre continuase la persecucion de Blake, mientras Victor debia cooperar al mismo objeto siguiendo distinto camino. Las fuerzas de los dos generales ascendian á 50,000 hombres, y mal podia Blake resistirles con las inferiorisimas en número que consigo traia. Hubo, pues, de retroceder á Balmaseda, aunque no sin lidiar con arrojo, despues de haber adelantado algunos de los suyos hácia S. Pedro de Güeñes; y no creyéndose seguro tampoco en el primero de dichos puntos, continuó su retirada hasta Espinosa de los Monteros, á donde llegó el dia 9. Los mariscales franceses se unieron mientras tanto en Balmaseda. La tropa de Blake se hallaba desnuda, fatigada, aterida de frio y hambrienta, presentando un aspecto lastimoso, y nada apropiado para empeñarla en un combate de dudoso éxito. Su general pensó de otro modo, y tomando posicion delante de Espinosa, atrevióse en mal hora á recibir al enemigo. Trabada la refriega el dia 10 con el cuerpo del mariscal Victor, compuesto de 25,000 hombres, pelearon los nuestros, que no llegaban á 21,000, con extraordinaria bravura, mortificando el orgullo de sus aguerridos contrarios, si bien con la desgracia de perder, mortalmente heridos, á D. Francisco Riquelme y al conde de San Roman, contados en el número de nuestros mejores gefes. La noche puso fin á aquella sangrienta pelea, quedando la ventaja indecisa, si bien puede decirse que fué nuestra, no saliendo vencedor el enemigo. Envueltas en la oscuridad, podian las tropas de Blake retirarse en sazón oportuna, en vez de provocar nuevamente la suerte de las armas. Blake siguió tenaz en su propósito de ocupar á Espinosa, y los franceses que de nada carecian y que tenian tropa de descanso que no habia tomado parte en la accion de la tarde anterior, renovaron el 11 el combate con los nuestros, llenos de cansancio y miseria, y aumentados sus padecimientos con

los de la noche, durante la cual no hallaron un solo recurso en Espinosa, abandonada por sus habitantes. Los asturianos, mandados por los generales Acevedo, Quirós y Valdés, ocupaban una altura en la izquierda de nuestro ejército, y como bisoños que eran, creyó el enemigo lanzarlos á la primera embestida. Acometiólos, pues, con su brigada el general Maisón; ¿mas cuál no fué su asombro al ver la serenidad imperturbable con que le resistieron en medio de su misma impericia? Sospechando luego la causa, conoció consistir en los gefes que los capitaneaban, y á fin de desembarazarse de ellos, ordenó á sus mejores tiradores se apostasen en las malezas y quebraduras del terreno, disparando esclusivamente sobre nuestros oficiales, particularmente contra uno que en un caballo blanco recorria los puestos mas peligrosos, comunicando á sus reclutas un ardor que rayaba en sobrehumano. Era el arrojado Quirós. Los tiradores, cumpliendo su consigna, dispararon, con tanta fortuna como poca honra para las armas francesas, sobre nuestros valientes capitanes, quedando al poco tiempo traspasado Quirós de dos balazos, y heridos Acevedo y Valdés con los beneméritos oficiales Escario y Peon, y otros varios. Con tan desgraciado suceso decayeron de ánimo los asturianos, y dispersándose desordenadamente, ocuparon los franceses la altura que era la llave de la posicion. El enemigo tras esto atacó sin demora nuestro centro y derecha, manteniéndose firmes algun tiempo los españoles; pero últimamente cejaron, llenos de inquietud con la ausencia de los de Asturias. Blake entonces dispuso retirarse, no sin confiar en la ayuda de una division aprestada en Villarcayo al mando del marques de Malespina, de quien esperaba vendria á proteger su marcha. Desgraciadamente no fué así, porque temiendo el marques ser envuelto por Lefebvre, en vez de aproximarse á Espinosa, tomó otra direccion diferente. Nuestra dispersion fué notable, quedando Blake con poquísima gente. Nuestra pérdida en ambas acciones fué considerable tambien, siendo la de los franceses comparativamente muy corta, aunque no por eso insignificante, especialmente la del dia 10.

Reflexionando sobre las acciones en que Blake se habia empeñado, no deja de causar admiracion que hombre tan reputado como él espusiese tristemente sus tropas á ser de seguro arrolladas, atendida la inmensa diferencia que en disciplina, en táctica, en recursos, en número y aun en posiciones, mediaba entre ellas y los franceses. La única disculpa que cabe en tantas imprudencias cometidas, es el temor que el general tenia á la murmuracion de los pueblos, que viéndose invadidos por los imperiales, podian echarle la culpa de sus desgracias, y aun tacharle de traidor ó de cobarde, si á pesar de sus medios casi nulos no se media con el enemigo.

Blake llegó á Reinosa el dia 12, punto de reunion que á sus tropas habia señalado cuando determinó retirarse. En dicha villa creyó poder reorganizar su tropa; pero los franceses no le dieron suficientes momentos de respiro. Napoleon, atento á todo, dió ejecutivas órdenes para envolver á todo trance y en todos los puntos á nuestros soldados, viéndose Blake acosado en breve por todas partes, como notaremos despues. El deseo del emperador era recobrar cuanto antes la posesion de Madrid, y esto podia conseguirlo en breve, si favorecido por la superioridad de sus fuerzas y por la buena estrella que hasta entonces no le habia jamas abandonado, derrotaba del todo nuestro ejército de la izquierda, y tras esto el ejército del centro. Dió orden, pues, á Moncey para observar á este y al de Aragon desde Lodosa con el tercer cuerpo, y situando al 6.º en Logroño á las órdenes de Ney, cuya principal fuerza debia dirigirse á Aranda de Duero, púsose él al frente de la guardia imperial, y tomando el camino de Madrid, hizo que le siguiesen á Burgos Soult y Bessieres con el 2.º cuerpo y la caballería.

Hallábase en esta ciudad el conde de Belveder, sucesor de Galluzo por disposicion de la Junta Central, con 12,000 hombres de los 18,000 que constituian el ejército de Estremadura, cuya 3.ª division estaba en Lerma. Ignorante el gefe español de la superioridad de los enemigos, ó sobrado confiado tal vez en su misma inesperienza, no creyó cosa fácil ser vencido. D. José Maria de Alós